

en toda la Bélgica. Sin duda fué porque los Belgas no tomaron en serio el congreso de Malinas.

V

El culto de las imágenes repugna hasta tal punto al espíritu religioso y á las poblaciones germánicas, que aun durante las tinieblas que sucedieron á la invasión de los Bárbaros, el Occidente hizo una tenaz oposición á los cánones de Nicea y á los decretos de los papas que establecieron aquel culto. Sabido es que la superstición triunfó al fin. En pleno siglo XIX, los partidarios de las tinieblas vuelven de nuevo á la obra, y llueven imágenes milagrosas. La Virgen, como es de cajón, es la privilegiada. A la vista tenemos un libro anónimo titulado: *Las Virgenes milagrosas de la Bélgica, historia de los santuarios donde se veneran* (Bruse-las, 1856). El autor dice en su prólogo: "La Bélgica, tan celebrada por la antigüedad y por la pureza de su fe, no lo es menos por el fervor de su devoción á la Santa Virgen, y se la podría llamar la tierra de María, porque su culto es el primero por todas partes; grandísimo número de sus imágenes son objeto de frecuentes peregrinaciones y asunto de leyendas tan edificantes como sencillas. ¡Qué honor y que gloria para la Bélgica! Permitámonos el placer de visitar esos santuarios, lo cual contribuirá á nuestra salvación y á la de nuestros lectores.

Observamos por de pronto "que el culto de María es tan antiguo como la religión cristiana," (1). Hé aquí una aserción que sorprenderá á los que han leído los Evangelios; pero lo más sorprendente es la prueba: "Durante su vida, dice la tradición, apareció la Santa Virgen á Santiago el Mayor, que predicaba el Evangelio en España, y le ordenó la erección de la célebre imagen de Nuestra Señora del Pilar." Si se preguntase á nuestro sabio historiador en qué se apoya esa tradición; ¿será que los Belgas sean los únicos que ignoren que no hubo nunca tal Santiago, ni Mayor ni Menor, en España? La reacción no se para en pelillos; la tradición es piadosa, es decir, necia, y eso basta. En caso necesario se inventará un nuevo Evangelio; deberíamos decir que hace tiempo ya que está inventado. Sabido es que Jesucristo no tenía en gran estimación el comercio: *Vended lo que tenéis*

(1) *Les Vierges miraculeuses de la Belgique*, Prólogo, p. v.

y dadlo á los pobres: hé ahí la especulación de los primeros cristianos. Pues la Virgen ha tenido tiempo de olvidar la *buena nueva*; ha marchado con el siglo, y se ha hecho comerciante. Hay en la provincia de Amberes una imagen de Nuestra Señora de las Nieves que atrae un gran número de peregrinos, los cuales vienen también á la feria (1); el lucro y la piedad se alian tan bien, que ordinariamente se confunden. Esto explica por qué Amberes es la ciudad de María por excelencia, "no menos célebre por su devoción á la Virgen que por sus riquezas," (2). ¿Será que los católicos no hayan leído nunca una línea del Evangelio? ¿No han oído hablar nunca de las maldiciones que Jesús lanzaba contra los ricos? Y hé aquí á su Madre que se halla muy bien en nuestra metrópoli comercial. Ya lo comprendemos, ¡es tan buena la dulce María! Viendo que sus adoradores son también los adoradores del becerro de oro, se presta á sus gustos, y los ministros de Dios hacen de paso su negocio. En los archivos de la catedral de Amberes se lee que un noble milanés donó á la capilla de la Virgen una suma considerable para la celebración anual y perpetua de veinte misas mayores con gran orquesta. ¡Como se ve, el nuevo Evangelio es superior al antiguo; por lo menos, es más aprovechado!

Quizá no tengáis inclinación al comercio y deis preferencia al desarrollo intelectual; no os dé cuidado, hay allí para todos los gustos; la tontería florece á maravilla en las pingües tierras de Bélgica. Oigamos la leyenda de Nuestra Señora de Nazaret, que no puede menos de confortar el corazón y el entendimiento: un señor, sorprendido en un bosque por los lobos, estaba ya á punto de ser devorado cuando reparó en una imagen de la Santa Virgen colocada en un árbol del bosque; un voto hecho á la Madre de Dios le salvó. Se puso en seguida á construir una capilla á su bienhechora; pero cuando se quiso dar mano á la obra, se encontraron los materiales trasladados por otra mano invisible al paraje mismo en que el señor había implorado el socorro de María; había además una cinta roja que indicaba exactamente la magnitud y el plano del edificio. Y otro milagro digno de la leyenda: la madera de la imagen está carcomida, pero las carcomas han respetado la cara de la Vir-

(1) *Les Vierges miraculeuses de la Belgique*, p. 24.

(2) *Les Vierges miraculeuses de la Belgique*, p. 5.

gen, que está perfectamente conservada y sin mancha alguna (1). Con tales cuentos de viejas se desarrolla el sentimiento religioso en Bélgica.

La superstición es una enfermedad contagiosa que nace y se desenvuelve en las clases ignorantes de la sociedad, y de allí sube y se extiende, no porque en todas partes encuentre la misma credulidad, pero, en defecto de la fe ciega, encuentra debilidad, cálculo ó cobardía. Tal es el espectáculo que ofreció la capital de Bélgica en 1843; se procedió en ese año á la coronación de la Virgen; la corona fué comprada por suscripción, y, según dice nuestro historiador, con el concurso de la inmensa mayoría de los habitantes; la reina ofreció un zafiro de extremada belleza. La ceremonia se celebró con gran pompa; ofició el rector de la universidad católica en presencia del arzobispo: una prueba entre mil de que la ciencia católica es hostil á la superstición; la autoridad militar puso sus guardias y su brillante música á disposición del clero; el gobernador de la provincia asistió al espectáculo, y el rey acompañó á S. M. la reina llevando al duque de Brabante. ¿Hay que admirarse, después de eso, de que los más nobles personajes del reino se apresurasen á hacer la corte á la Iglesia afiliándose en la cofradía de la Virgen? Cuando, en 1854, el arzobispo de Malinas restableció la cofradía de Nuestra Señora del Buen Suceso, el cura de la parroquia solicitó de la duquesa de Brabante que aceptase el cargo de preboste honorario de dicha cofradía, y la duquesa se consideró muy honrada con esa dignidad. M. el barón de Serus es el preboste hereditario (2). Antiguamente, en la ciudad de Roma, los cónsules manejaban el arado; en la ortodoxa Bélgica, la aristocracia hace más que eso, se unce al carro de la superstición.

Es natural que la Santa Virgen, linsojeada con la devoción que se la prodiga, derrame á torrentes sus beneficios sobre la dichosa Bélgica, y en efecto, llueven indulgencias. Su Santidad Pío IX ha concedido en perpetuidad á los padres redentores una indulgencia plenaria para todos los fieles que visiten devotamente la imagen de Nuestra Señora del Buen Consejo, en la iglesia de San José, el día de la fiesta, 26 de Abril, ó el domingo siguiente. *Esa indulgencia es aplicable á las almas del purga-*

(1) *Les Vierges miraculeuses de la Belgique*, p. 14-16.

(2) *Les Vierges miraculeuses de la Belgique*, p. 90-92, 122.

torio (1). Suponemos que los vivos la utilizan tanto como los muertos. Si no fuera por las ofrendas, no hallaríamos cuál era el servicio de esas indulgencias plenarias. ¿Por ventura no basta el apoyo omnipotente de la Virgen para libertar las almas del purgatorio y para abrirlas el cielo? Nuestro historiador nos dice que el día de la Asunción, el purgatorio quedó vacío. La misma Madre de Dios, hablando á Santa Brigida, la dijo: "Soy la madre de todas las almas del purgatorio." Esta mitología tiene á su favor á los Padres de la Iglesia, San Metodio, San Agustín, San Damián y otros muchos (2).

Muchas veces hemos llamado al catolicismo religión del otro mundo: ¡error ó calumnia de libre-pensador! Verdad es que la Virgen abre las puertas del cielo; pero también dispensa mil servicios en este mundo. Los litigantes se quejan de ser escamoteados por sus defensoras. ¿Para qué no se dirigen á Nuestra Señora del Buen Consejo? Encontrarán en el historiador de *Las Virgenes milagrosas* una oración que dice: "Ayudadme con vuestro consejo en todos los negocios de la vida, especialmente en este *espinoso negocio*... que yo os confío por entero." Imposible encontrar mejor patrono, porque en la misma oración se lee: "*Vuestro Hijo está pronto á oiros; y para obtener no le tenéis más que hablar.*" ¿No es esta la quinta esencia de todas las prácticas religiosas? Pues bien, ha sido inventada por San Bernardo (3). El ilustre abad gozaba de los favores más especiales de la Virgen, y visitando en el año de 1146 el santuario de Nuestra Señora de Affligem, en el momento en que pasaba delante de la imagen, la dirigió la salutación del ángel, *Ave, María*; la imagen hizo un movimiento de cabeza y respondió: *Ave, Bernardo* (4).

Los milagros hechos por la Madre de Dios han tenido siempre el singular privilegio de alentar la inmoralidad: ¿será que la Virgen de la reacción se haya hecho más moral? El catolicismo se vanagloria de su inmutabilidad, y realmente sus supersticiones no varían. En la bula en que Pío IX ha proclamado la Inmaculada Concepción se dice lo siguiente: "La Santísima Virgen, hecha reina del cielo y de la tierra por el Señor, elevada por cima

(1) *Les Vierges miraculeuses de la Belgique*, p. 153.

(2) *Les Vierges miraculeuses de la Belgique*, p. 224.

(3) *Les Vierges miraculeuses de la Belgique*, p. 154.

(4) *Les Vierges miraculeuses de la Belgique*, p. 273, 274.

de todos los coros de ángeles y de todos los santos y sentada á la derecha de Jesucristo, obtiene infaliblemente lo que se le pide, por medio de sus maternales súplicas, (1). Hé aquí la fuente de todas las supersticiones que hemos encontrado en la Edad Media (2). En pos de eso, no puede menos de venir la inmoralidad. ¿Puede haber orden moral, cuando el que comete una falta se sustrae á la justicia por el favor? Tal es el papel que desempeña la Santísima Virgen, según la doctrina del padre Liguori y conforme las leyendas de la Edad Media. "Si teméis que Dios, irritado por vuestras ofensas, quiera vengarse, ¿que tenéis que hacer? Dirigiros á María, la esperanza de los pecadores, (3). Pero la esperanza de los pecadores, ¿no se expone á convertirse en cómplice? En cuanto á ellos, nada tienen que temer, aun cuando hubiesen muerto en pecado mortal: "La divina Madre puede librarlos del infierno, (4). La conclusión práctica de esta bella moral es la siguiente: Sed devotos de María, y estáis seguros de vuestra salvación, aunque estuvierais cubiertos de crímenes.

Los defensores de la Iglesia gritan contra estas imputaciones, y dicen que nunca la Iglesia ha enseñado la inmoralidad. No, pero ella es la que alimenta la superstición; y cegar el entendimiento, ¿no es favorecer todas las extravagancias? En la conducta de la Iglesia hay cálculo y hay hipocresía: mantiene el culto de la Virgen, el de los Santos, el de las imágenes y de las reliquias, y tiene buen cuidado de explicar ese culto de modo que se aparte de él toda idea de idolatría. ¿Hay abusos? Pues se lava las manos; la esposa de Cristo es pura como el corderillo que acaba de nacer. Pero hay que añadir que el alto clero se aprovecha de esas supersticiones y que organiza las fiestas por medio de las cuales aquéllas se propagan y crecen. Hay más; el dogma católico en toda su pureza está infestado de superstición. Dejemos á un lado las creencias populares y veamos lo que pasa en las altas regiones de la Iglesia.

La Edad Media pasa por ser la gran época de la superstición: tinieblas, ignorancia, dominación clerical, explotación de lo credulidad humana, todo

(1) M. MALOU, *la Inmaculada Concepción de la bienaventurada Virgen María*, t. II, p. 525.

(2) Véase mi *Estudio referente á la Reforma*, parte octava.

(3) LIGUORI, *Las Glorias de María*, t. II, p. 199.

(4) LIGUORI, *Las Glorias de María*, t. II, p. 221.

esto florecía en los felices tiempos en que no había librepensadores. En medio de esa noche profunda de la inteligencia, unos frailes proponen festejar la Inmaculada Concepción de la Virgen, y hé aquí que un santo abad, ferviente adorador de la Virgen, se pronuncia diciendo que aquello es una locura. Pues esa locura ante la cual ha retrocedido la Edad Media ha sido consagrada en pleno siglo XIX por el vicario de Cristo, acompañado de todos los obispos de la cristiandad. El nuevo dogma ha sido festejado con iluminaciones espléndidas y con procesiones sin número; ya no se trata de una devoción de viejas, sino de uno de los más altos hechos de la reacción católica, y vale la pena de detenerse en él; así sabremos cómo se fabrican dogmas revelados. Si la torpeza humana se denuncia con ello en todo su bello ideal, nos consolaremos pensando que Dios ciega á los que quiere perder.

§ II.—La Inmaculada Concepción.

N.º 1.—La idolatría de la Virgen.

I

Cuando se lee la bula que decreta la Inmaculada Concepción y los escritos publicados por los defensores del nuevo dogma, se inclina uno á creer que el papa ha querido dar la razón á los ataques de los protestantes contra la idolatría católica. Porque no se trata de algún fanático de baja estofa; es el vicario infalible de Dios el que habla, y son los doctores más ilustres de la Iglesia los que comentan sus palabras. Uno de esos apologistas, monseñor Malou, "fué tenido en Roma por el evangelista del dogma de la Inmaculada Concepción"; en esos términos habla de él un periódico católico (1). Y como quien dice Evangelio dice buena nueva, claro es que se trata de una nueva religión. Y en efecto, el culto de María ha reemplazado al culto de Jesús. Esta acusación, la más grave que se pueda lanzar contra Roma, ha salido del seno de la Reforma: un ministro, medio ortodoxo y medio liberal, se ha hecho el órgano de

(1) *Le Journal de Bruxelles*, citado en los *Estudios sobre el nuevo dogma de la Inmaculada Concepción*, p. 185.

ella. Dejaremos que hable el mismo M. de Pressensé:

"El impulso recibido de abajo ha venido ahora de lo alto á preocupar los ánimos en el sentido de lo que llamaremos la *Mariolatría*. Viéndose están los terribles progresos que desde hace cincuenta años ha hecho la adoración de la Virgen, la cual va á llegar á ser indefectiblemente y para siempre la divinidad de las masas supersticiosas; la cruz desaparecerá completamente bajo las coronas de flores dedicadas á María; las miradas se volverán constantemente hacia ella y se separarán del divino Crucificado, y toda la religión tomará el tinte de afeminación y de empalagamiento en absoluto desacuerdo con la austeridad divina del Evangelio... ¡Ah! ¡no es una hermosa joven la que puede responder á las necesidades profundas de corazones desgarrados!... La adoración de la criatura ha sido ya ensayada, y ha fracasado miserablemente en la antigüedad clásica. Nosotros necesitamos lo que necesitaba el mundo romano, lo que reclama siempre la humanidad culpable y perdida: no una diosa brillante, sino un Dios que se sacrifica; no los símbolos graciosos de un culto afeminado, sino esa cruz sangrienta levantada sobre el monte solitario donde se verificó el sacrificio misterioso del amor que redime, (1).

Un escritor católico confiesa, con el rubor en la frente, que la Iglesia merece esas duras palabras, y que éstas contienen grandes verdades (2). Pero ¿es lícito á los ortodoxos, protestantes ó católicos, censurar el culto de María? Cuando se cree lo que deben creer los que están atenidos á su ortodoxia, se encuentran en el camino de todas las extravagancias á las cuales tienen que asentir (a). En materia de superstición, sólo el primer paso es el que cuesta, y solamente los espíritus inconsecuentes rehusan llegar hasta el fin. Oigamos á Bossuet, el corresponsal de Leibnitz y el menos supersticioso de los escritores católicos. El obispo de Meaux dice

(1) DE PRESSENSÉ, *la Inmaculada Concepción*, citado en los *Estudios sobre el nuevo dogma*, p. 180-182.

(2) El autor de los *Estudios* que acabamos de citar y que era sinceramente católico cuando escribió su *Crítica del nuevo dogma*.

(a) Al discreto y despreocupado lector le chocará que un librepensador haga coro con los fanáticos y les dé la razón en contra de los que interpretan racionalmente la doctrina del Crucificado. Es que los extremos se tocan, y el modo de combatir victoriosamente cualquiera creencia y doctrina es exurgirla hasta el absurdo.—(N. del T.)

que la grandeza de la Virgen es incomparable é incomprendible: "Si nosotros recibimos tantas gracias y tanta dicha con habernos Dios enviado á su Hijo, ¿qué podremos pensar de María, á quien fué dado ese Hijo como una prerrogativa tan eminente? Si nosotros nos consideramos tan favorecidos porque se nos dió como Salvador, ¿cuánta no será la gloria de esa Virgen á quien la fué dado como Hijo el que es Hijo de Dios mismo?, (1).

Si se cree que Jesucristo es Dios, si se cree que es nuestro Salvador, se debe decir, con Bossuet, que la mujer que le llevó en su seno es un ser misterioso é incomprendible. Y hé aquí el primer paso en la superstición que ha llegado hasta la Inmaculada Concepción. Reprobar la piadosa creencia, como la llaman los beatos, es reprobar el cristianismo tradicional, el protestantismo ortodoxo, lo mismo que el catolicismo. Es necesario creerlo todo, hasta las necedades que se desprenden de la *Mariolatría*, ó hay que rechazar el principio que engendra esas necias creencias (a). Nosotros nos resignamos á trascribir una chochez más digna de cerebros enfermos que de pensadores serios, sólo porque la causa de ella es el cristianismo. El elemento supersticioso que en él se encuentra no ejerció nunca una influencia más funesta. Hemos dicho que vicia la inteligencia y ciega los entendimientos más perspicaces; no se dirá ya que calumniamos á la religión cuando se oiga chochea á Bossuet y desatinar á las más fuertes cabezas del catolicismo.

La Virgen ha dado nacimiento al Salvador. "Después de esto, dice Bossuet, no puede dudarse que haya venido á ser la afortunada Eva de la nueva alianza, teniendo la misma parte en nuestra salvación que tuvo aquélla en nuestra perdición; no puede dudarse que sea la segunda después de Jesucristo, y que siendo Eva la madre de todos los mortales, María haya venido á ser la Madre de todos los vivientes, Dios mismo, añade Bossuet, nos persuade de una verdad tan palmaria, y se asombra de que los reformadores no puedan tole-

(1) BOSSUET, *Sermón predicado en la fiesta de la Anunciación* (véanse sus obras en francés, t. VI, p. 723, ed. de Grenoble).

(a) Este dogmatismo de Laurent es hermano carnal de la propensión que advertimos anteriormente. Pero lo notable es que pocas páginas más adelante lo destruye él mismo al demostrarnos que los evangelistas y San Pablo y Tertuliano y San Crisóstomo estuvieron bien distantes de hacer la apoteosis de la Madre del Salvador. Y no pretenderá decir que San Mateo, San Lucas, San Marcos, San Pablo y los Padres de la Iglesia no creían en Jesucristo.—(N. del T.)